

CHARLES FORT

EL LIBRO DE LOS  
**CONDENADOS**

HECHOS MALDITOS IGNORADOS POR LA CIENCIA

MENTE Y SABIDURÍA

 **aquari**

## CAPÍTULO 1

Una procesión de condenados.

Por «condenados», entiendo a los excluidos. Tendremos una procesión de todos los datos que la ciencia ha tenido a bien excluir.

Batallones de malditos, dirigidos por los descoloridos datos que yo he exhumado, se pondrán en marcha. Unos lívidos, otros inflamados y algunos podridos.

Entre ellos, ya algunos son cadáveres, momias o esqueletos chirriantes y vacilantes, animados por todos aquellos que fueron condenados vivos. Deambularán gigantes hundidos en su sueño. Andarán entre guiñapos y teoremas como Euclides, bordeando el espíritu de la anarquía.

Aquí y allá se deslizarán putillas. Algunos son payasos, otros son muy respetables. Varios más son asesinos.

Horribles pestilencias y supersticiones desencadenadas, sombras y burlas, caprichos y amabilidades. Lo necio, lo pedante, lo raro, lo grotesco y lo sincero, lo hipócrita, lo profundo y lo pueril recibirán la puñalada, la risa y las manos muy pacientemente de toda la decendencia.

La apariencia colectiva se situará entre la dignidad y la intolerancia; la voz de la tropa adquirirá el tono de la letanía desafiante, pero el espíritu del conjunto será procesional.

El poder que ha decretado que todas estas cosas sean condenadas es la ciencia dogmática, sin embargo, ellas continuarán avanzando.

Las putillas brincarán, los enanos y los jorobados distraerán la atención, y los payasos romperán con sus bufonadas el ritmo del grupo. Sin embargo, el desfile tendrá la impresionante estabilidad de las cosas que pasan, siguen pasando y no dejan de pasar.

Por los «condenados», yo entiendo, pues, a los excluidos. Pero por los «excluidos» entiendo también a todos los que, algún día, excluirán, ya que el estado común y absurdamente denominado «existencia» es un ritmo de infiernos y de paraísos, puesto que los condenados no seguirán siendo condenados, pues la salvación precede a la perdición. Y nuestros andrajosos malditos serán, un día, ángeles melifluos que, mucho más tarde, volverán al mismo lugar de donde han venido.

Sostengo que nada puede pretender ser, excepto si logra excluir algo; esto que se denomina comúnmente «ser» es una diferencia entre lo que está incluido y aquello que está excluido.

Estimo también que no hay diferencias positivas, que todas las cosas son como el insecto y el ratón en el interior de su queso. Insecto y ratón: nada más distinto que estos dos seres. Permanecen allá una semana o se quedan un mes, y, acto seguido, no son más que transmutaciones de queso. Creo que todos somos insectos y ratones que tienen diferentes expresiones, pero que pertenecen al mismo queso universal.

Para entenderlo mejor, el rojo no es positivamente distinto del amarillo, sino otro grado de vibración, de la cual el propio amarillo es un grado. El rojo y el amarillo son continuos o se funden en naranja; de manera que, si la ciencia, sobre la base de la cualidad de rojo o de blanco, debiera clasificar los fenómenos, incluyendo todas las cosas rojas como verdaderas y excluyendo todas las amarillas como ilusorias, la demarcación sería falsa y arbitraria, ya que los objetos naranjas constituyen una continuidad y pertenecerían a los dos lados opuestos de la frontera.

Ahora bien, resultará que no se ha concebido jamás una base más razonable de clasificación, de inclusión o de exclusión, que el rojo y el amarillo. La ciencia, utilizando diferentes bases, ha incluido o excluido multitud de datos; pues, si el rojo es un continuo con el amarillo, si toda base de admisión y toda base de exclusión son un continuo, la ciencia

ha debido incluir hechos que prolongaban aquellos mismos que ella aceptaba. En el rojo y el amarillo, que se funden en naranja, querría tipificar todos los test, todos los estándares, todos los medios que permitan formarse una opinión.

Toda opinión posible sobre un tema cualquiera es una ilusión basada sobre este sofisma de las diferencias positivas. La búsqueda de todo entendimiento tiene por objeto un hecho, una base, una generalización, una ley, una fórmula, una premisa mayor positiva..., pero lo mejor que se ha hecho ha sido desprenderse de las evidencias.

Esta es la cuestión, aunque no obtuvo resultado. Y, sin embargo, la ciencia ha actuado, ordenado, condenado, como si esta cuestión hubiera obtenido un resultado.

Si no hay diferencias positivas, no es posible definir nada como positivamente diferente de otra cosa.

¿Qué es una casa? Una granja es una casa, cuando la acondicionas para vivir en ella. Pero si la residencia constituye la esencia de una casa más que el estilo de arquitectura, entonces un nido de pájaros es una casa. La ocupación humana no constituye el estándar de juicio, ya que, por ejemplo, los perros tienen su casa; pero tampoco lo constituye la materia, puesto que los esquimales tienen casas de nieve. Y dos cosas tan positivamente diferentes como la Casa Blanca de Washington y la concha de un cangrejo ermitaño se revelan continuas.

Nadie ha podido jamás definir la electricidad, ya que la electricidad no es nada si se la distingue positivamente del calor o del magnetismo. Los metafísicos, los teólogos y los biólogos han intentado definir la vida, pero han fracasado porque en el sentido positivo no hay nada que definir, no hay un solo fenómeno de la vida que no se manifieste, a cualquier grado que sea, en la química, en el magnetismo o en los desplazamientos astronómicos.

Islas de coral blanco en un mar azul oscuro.

Su apariencia de distinción, de individualidad, o la diferencia positiva que las separa no son más que las proyecciones del mismo fondo

oceánico. La diferencia entre tierra y mar no es positiva. En toda agua hay un poco de tierra, en toda tierra hay agua.

Así pues, todas las apariencias son falsas, puesto que forman parte de un mismo espectro. La pata de una mesa no tiene nada de positivo, no es más que una proyección de algo. Y ninguno de nosotros es una persona, ya que físicamente somos una continuación con lo que nos rodea, esto es, psíquicamente no llega hasta nosotros nada más que la expresión de nuestras relaciones con todo lo que nos rodea.

Mi posición es la siguiente: todas las cosas que parecen poseer una identidad individual no son más que islas, proyecciones de un continente submarino, que carecen de contornos reales. Pero, pese a que no sean más que proyecciones, tienden a liberarse de esta atracción que les deniega su propia identidad.

Todo lo que intenta establecerse como real o positivo, sistema absoluto, gobierno, organización, persona, entidad, individualidad, no puede llegar a ello más que rodeándose de una frontera, condenando y excluyendo mediante la huida todas las demás «cosas», sin lo cual no puede gozar más que una apariencia de existencia. Pero, si actúa así, actuará falsa y arbitrariamente, fútil y desastrosamente, como el que quisiera trazar un círculo en el mar, incluyendo algunas olas y declarando positivamente diferentes a todas las demás olas, continuas con las primeras, o apostando su vida en la diferencia positiva de los hechos admitidos y de los condenados.

La ciencia moderna ha excluido, falsamente, falta de estándares positivos. Ha aislado fenómenos que, según sus propios pseudoestándares, tenían tanto derecho a la existencia como los elegidos.

Estimo que el estado común y absurdamente denominado «existencia» es una corriente, una onda o un pasaje de la negatividad a la positividad, y el intermediario entre las dos.

Por «positividad» entiendo armonía, equilibrio, orden, regularidad, estabilidad, consistencia, unidad, realidad, sistema, gobierno, individualidad, verdad, belleza, justicia, perfección y exactitud. Todo lo que se denomina «progreso», «desarrollo» o «evolución» es un

movimiento o una tentativa de aproximarse a aquel estado para el cual, o para los aspectos del cual, hay tantos nombres, todos resumidos en esta única palabra de posesividad.

A primera vista puede parecer que esta síntesis sea inaceptable, que todas estas palabras no sean sinónimas, que «armonía» signifique «orden», pero que «independencia» no signifique «verdad», o que «estabilidad» no sea «belleza», ni «sistema» ni «justicia».

Sin embargo, hablamos del «sistema» de los planetas y no de su «gobierno». Considerando como ejemplo a un gran almacén y a su dirección, nos daremos cuenta de que las palabras son intercambiables. Era de uso común hablar de equilibrio químico, pero no de equilibrio social; esta falsa demarcación ha sido franqueada. Todas estas palabras, vamos a verlo, definen el mismo estado. En términos de ilusiones comunes o de facilidades cotidianas, no son sinónimos. Pero un gusano de tierra, para un niño, no es un animal, sin embargo, para un biólogo sí lo es.

Por belleza, designaré lo que parece completo. Lo incompleto o lo mutilado es totalmente feo.

La Venus de Milo es fea para un niño. Pero si un espíritu puro la imagina completa, se convertirá en hermosa.

Una mano concebida como mano puede parecer bella, pero abandonada en un campo de batalla ya no lo es.

Pero todo lo que nos rodea es una parte de algo, que a su vez forma parte de otra cosa; en este mundo no hay nada hermoso, solo las apariencias son intermediarias entre la belleza y la fealdad. La universalidad es lo único completo, solo el conjunto es hermoso, y tender hacia la belleza es querer dar a lo local el atributo de lo universal.

Por estabilidad, designaré lo indesplazable, lo inalterable, lo sincero. Sin embargo, todas las apariencias no son más que una reacción hacia alguna cosa. La estabilidad no puede ser tampoco más que universal. Algunas cosas parecen tener, o tienen, una mayor aproximación de estabilidad que otras, pero en este mundo no hay más que diversos grados de intermedio entre la estabilidad y la inestabilidad.

Todo hombre, pues, que trabaja por la estabilidad, bajo sus diversos nombres de «permanencia», de «supervivencia» o de «duración», tiende a localizar en alguna cosa un estado que solo es realizable en lo universal.

Por independencia, entidad e individualidad, designaré aquello cerca de lo cual no existe nada más. Si no hubiera más que dos cosas, estas serían continuas y se afectarían entre sí, ambas destruirían su independencia, su propia individualidad.

Todas estas tentativas de organización, de sistemas y de lógicas, siguen siendo intermediarias entre el orden y el desorden, fracasan a causa de sus relaciones con las fuerzas exteriores. Todas tienden a lo completo, pero si todos los fenómenos locales soportan fuerzas exteriores, estas tentativas no se realizarán más que en el conjunto, ya que solo así soportarán fuerzas exteriores.

Y todas estas palabras son sinónimos que designan el estado que yo denomino «positivo». Toda nuestra existencia tiende al estado positivo.

Una paradoja asombrosa es que todas las cosas intentan convertirse en universales sin importar el excluir a otras.

La verdad es otro nombre del estado positivo. Los sabios que creían buscarla no hacían más que buscar verdades astronómicas, químicas y biológicas. Pero la verdad es aquello después de lo cual no existe ya nada más. Por verdad, designo lo universal.

Los químicos han buscado lo verdadero o lo real, y han fracasado siempre a causa de las relaciones exteriores a la química; nunca ha sido descubierta una ley química sin excepciones, pues la química es un continuo con la astronomía, la física, y la biología. Si el Sol cambiara de posición respecto a la Tierra, y la humanidad pudiera sobrevivir a ello, nuestras fórmulas químicas no significarían absolutamente nada: sería el nacimiento de una nueva química.

Buscar la verdad en lo especial es buscar lo universal en lo local.

Y los artistas buscan la armonía, mientras sus pigmentos se oxidan, o las cuerdas de sus instrumentos se ajustan inopinadamente a las

fuerzas químicas, térmicas y gravitatorias. En este mundo no hay más que intermediaridad entre la armonía y la discordancia. Y las naciones que han combatido con el único fin de adquirir su entidad, su individualidad, para ser naciones reales y terminantes, no han obtenido nunca más que su intermediaridad, ya que siempre han existido fuerzas exteriores y otras naciones animadas por el mismo anhelo.

En cuanto a los objetos físicos, químicos, mineralógicos, astronómicos, no buscan encontrar la verdad, sino que todos tienden hacia el equilibrio. No hay un movimiento que no sea dirigido hacia el equilibrio y que no se aleje de otra aproximación.

Todos los fenómenos biológicos buscan adaptarse, no hay un solo acto biológico que no sea un ajuste. Ajuste es sinónimo de equilibrio, y el equilibrio está en lo universal, de modo que nada exterior puede perturbarlo.

Pero esto que se denomina «ser» es el movimiento. Todo movimiento no es la expresión de un equilibrio, sino de una puesta en equilibrio o del equilibrio no alcanzado. Y el simple hecho de ser, en el sentido positivo, se manifiesta en la intermediaridad entre equilibrio y desequilibrio.

Así, todos los fenómenos, en nuestro estado intermediario o en nuestro cuasiestado, representan dicha tendencia única a organizar, estabilizar, armonizar, individualizar o positivar, es decir, a convertir en real. Después de una apariencia, esto es expresar el fracaso o la intermediaridad entre el fracaso y el logro final: cada tentativa, esto es observable, es derrotada por la continuidad o por las fuerzas exteriores, es decir, por los excluidos, continuos de los incluidos.

Toda nuestra «existencia» es una tentativa de lo relativo por ser absoluto o de lo particular por ser universal.

En este libro, mi interés se centra en este intento, tal como se manifiesta en la ciencia moderna que lucha por ser real, concluyente, completa y absoluta. Pero si la apariencia del ser, aquí, en nuestro cuasiestado, es el resultado de una exclusión siempre falsa y arbitraria, si lo aceptado y lo rechazado forman parte de este continuo, todo el sistema,

la entidad de la ciencia moderna, solo será entonces un cuasisistema, obtenido por el mismo proceso arbitrario, gracias al cual el sistema teológico ha usurpado su ilusión de existencia.

Reuniré en este libro algunos de los datos que estimo han sido arbitrariamente excluidos.

Los datos de los condenados.

Me he lanzado a la oscuridad exterior de las transacciones y procedimientos científicos, una región ultrarrespetable pero cubierta del polvo del desprecio. He descendido hasta el nivel del periodismo, pero he regresado con las cuasialmas de los hechos perdidos.

Avanzarán.

En cuanto a la lógica de mis razonamientos futuros, aquí tienes:

En nuestra moda de apariencias no puede haber más que una cuasilógica.

Nada ha sido probado jamás... porque nada hay que probar.

Y cuando digo que no hay nada que probar quiero decir que, para todos aquellos que aceptan la continuidad, o la fusión de todos los fenómenos con otros fenómenos, sin demarcación posible entre cada uno de los mismos, no hay más que una sola cosa, en un sentido positivo. Y es por tal razón que no hay nada que probar.

No se puede probar, por ejemplo, que algo sea un animal, porque la animalidad y la vegetalidad no son positivamente diferentes. Algunas expresiones de vida son tan animales como vegetales o representan la fusión de la animalidad con la vegetalidad. No hay, pues, test, criterio ni estándar para formarse una opinión. Distintos de los vegetales, los animales no existen. No hay nada que probarles.

No se puede probar, por ejemplo, que algo sea bueno, ya que no hay nada en nuestra «existencia» que sea bueno en sentido positivo y que se distinga verdaderamente del mal. Si es bueno perdonar en tiempos de paz, es malo hacerlo en tiempos de guerra. En este mundo, el bien es continuo con el mal.

En lo que me concierne, no hago más que aceptar. No pudiendo ver las cosas universalmente, me contento con localizarlas. Así pues, nada ha sido probado jamás y las declaraciones teológicas son susceptibles también a cuestionamientos, pero han dominado sobre la mayoría de los espíritus de su tiempo por puros procesos hipnóticos; y, en la época siguiente, las leyes, dogmas, fórmulas y principios de la ciencia materialista no han sido jamás probados, pero los espíritus dirigentes de su reino han conducido, por medio de la autosugestión, a creer más o menos de manera firme en ellos.

Las tres leyes de Newton, que intentan acabar con la positividad, desafiar y romper la continuidad, son tan reales como todas las demás tentativas de localización de lo universal. Si todo cuerpo observable es un continuo, mediata o inmediatamente, con todos los demás cuerpos, no puede ser influido solamente por su propia inercia, de modo que no hay medio de saber lo que es el fenómeno de la inercia. Si todas las cosas reaccionan ante una infinidad de fuerzas, no hay medio de saber cuáles serán los efectos de una sola fuerza imprimida. Si toda reacción es un continuo con la acción, no puede ser concebida en su conjunto y no hay medio de concebir lo que puede igualar, ni a qué puede oponerse.

Las tres leyes de Newton son actos de fe.

Las inercias y las reacciones son personajes mitológicos, pero, en su tiempo de predominio, han generado la creencia, como si hubieran sido probadas.

Las enormidades y los absurdos avanzarán.

Sustituiré la aceptación por la creencia.

Las células de un embrión cambian de apariencia en diferentes épocas.

Lo que está firmemente establecido cambia difícilmente.

El organismo social es embrionario.

Crear firmemente es retardar todo desarrollo.

Aceptar temporalmente es facilitarlo.

Pero, aun sustituyendo la aceptación por la creencia, usaré métodos convencionales, medios por los cuales han sido formuladas y sostenidas

todas las creencias: mis métodos serán los de los teólogos, de los salvajes, de los sabios y de los niños pequeños, ya que, si todos los fenómenos son un continuo, no puede haber métodos positivamente distintos. Por los métodos balbucientes de los cardenales, de los cartománticos y de los campesinos es como escribiré este libro, y si sirve como medio de expresión de su tiempo, me atrevo a creer que prevalecerá.

Todas las ciencias comienzan por tentativas de definición, pero nada ha sido definido jamás porque nada hay que definir.

Darwin ha escrito *El origen de las especies* sin haberse preocupado nunca de definir lo que era una «especie». Es imposible definirla.

Nada ha sido descubierto finalmente jamás, porque no hay nada final que descubrir. Es algo así como buscar una aguja que nadie hubiera perdido en un pajar inexistente. Pero todas las tentativas científicas encaminadas a descubrir realmente algo allá donde no había nada que descubrir son, en realidad, tentativas de ser algo.

Cualquiera que busque la verdad no la hallará jamás; pero hay una ínfima posibilidad de que él mismo se convierta en la verdad, puesto que la ciencia es más que una búsqueda: es una pseudoconstrucción, una cuasiorganización, es una tentativa de evasión con miras a establecer la armonía, el equilibrio, la estabilidad, la consistencia, la entidad.

Hay una ínfima posibilidad de que lo consiga.

Vivimos una pseudoexistencia en la que participan todas las apariencias con su irrealidad esencial. Pero algunas de estas se aproximan más que otras al estado positivo.

Concibo todas las «cosas» como ocupando gradaciones, o escalones en series entre la «positividad» y la «negatividad», entre la realidad y la irrealidad. Algunas apariencias son más constantes, más justas, más hermosas, más armoniosas, más individuales o más estables que otras.

Yo no soy un realista, yo no soy un idealista, yo soy un intermedia-rista. Nada es real, pero tampoco nada es irreal, y todos los fenómenos son aproximaciones a un lado o a otro, entre la realidad y la irrealidad.

De este modo, toda nuestra cuasiexistencia es un estadio intermedio entre lo real y lo irreal. Algo como un purgatorio, creo.

Pero en este resumen prematuro, he omitido precisar que la realidad es un aspecto del estado positivo.

Por realidad designo lo que no se confunde con cualquier otra cosa, lo que no es parcialmente otra cosa, lo que no es una reacción a alguna cosa o una imitación de alguna cosa. Un héroe real es aquel que no es parcialmente cobarde o cuyas acciones y motivos no pueden confundirse con la cobardía.

Pese a que lo local puede ser universalizado, no es concebible que lo universal pueda ser localizado, pero las aproximaciones de un orden elevado pueden ser transferidas de la intermediaridad a la realidad, al igual que, en un sentido relativo, el mundo industrial se recluta transfiriendo fuera de lo irreal (o fuera de la imaginación de apariencia irreal de los inventores) las máquinas que, una vez montadas en las fábricas, parecen tener más de realidad de lo que poseían al nivel de lo imaginario.

Si todo progreso tiende hacia la estabilidad, la organización, la armonía, la consistencia o la positividad, todo progreso es una tentativa de concluir lo real. En términos de metafísica general, estimo, pues, que todo lo que se denomina comúnmente «existencia» y que yo denomino «intermediaridad» es una cuasiexistencia, ni real, ni irreal, sino una expresión de una tentativa encaminada hacia lo real o hacia la penetración de una existencia real.

Acepto que la ciencia, pensada en su especificación, aunque considerada generalmente en sus propios términos locales, como exhumación de viejos huesos de insectos o magmas repugnantes, expresa de hecho el espíritu que anima toda la intermediaridad. Si la ciencia pudiera excluir todos los datos, salvo los míos propios, asimilables a la actual cuasiorganización, sería un verdadero sistema, dotado de contornos positivamente definidos; es decir, sería real.

Pero no parece aproximarse a la consistencia, a la solvencia, al sistema, a la posibilidad y a la realidad, más que condenando lo irreconciliable o lo inadmisibile.

Todo iría bien, todo sería admisible... si los condenados quisieran seguir siendo condenados.